

LIBROS

José Luis Cano y las generaciones de posguerra

Hace muy poco, José María Castellet, uno de nuestros críticos más rigurosos, rompía lanzas, una vez más, contra la situación de la crítica en España: «En las presentes circunstancias —escribía—, lo más útil sería que la crítica utilizara un poder que potencialmente siempre ha tenido; es decir, lo que Walter Benjamin llamaba «el carácter destructivo», este carácter destructivo que algunos de nuestros más lúcidos autores están empleando ya en sus obras de creación» (1). No difería sustancialmente esta afirmación de aquella otra que el mismo crítico, hace ahora veinte años, incluía en su libro «Notas sobre literatura española contemporánea». Y la verdad es que la andadura de nuestra crítica de posguerra ha sido bastante confusa y muy poco coherente. Sobre todo, la crítica de poesía, que sigue necesitada —aún hoy— de un revulsivo radical, y de una acción inmediata sobre los problemas que tiene planteados el lenguaje poético. Muchos han sido los trabajos sobre el tema, pero muy pocos los que se han enfrentado —arrostrando todos los riesgos que tal postura implica— con las limitaciones reales y con las necesidades efectivas de nuestra poesía. Los recuentos históricos, los comparti-



mientos generacionales, las influencias de tal o cual magisterio, han sido, al parecer, los propósitos más generalizados de esos trabajos. Y, como consecuencia, nuestra poesía seeste en ese ámbito acomodaticio, sin plantearse ninguna exigencia inmediata. Hablo, esto me parece obvio, a niveles generales.

José Luis Cano es uno de los críticos que con más continuidad han ejercido su labor, tanto desde sus libros, algunos ya fundamentales en la bibliografía del tema, como desde sus conocidísimas antologías o desde su mensual sección en la revista «Insula». José Luis Cano acaba de publicar un nuevo libro (2), recopilación de artículos y notas «en torno a poetas de dos generaciones de la posguerra española que han atraído especialmente mi atención crítica», como él mismo confiesa. Observará el lector que no se trata, por lo tanto, de un panorama exhaustivo de la poesía española de treinta y cinco años a esta parte, y sí de un

una nueva aventura de la imaginación un punto de partida para otra era poética, quizá más lúcida que moral y más imaginativa que preocupada».

Lo que no podemos poner en duda es el entusiasmo con que José Luis Cano acomete su trabajo, su fácil precisión para el análisis de cada uno de los libros comentados, su lenguaje, a la vez aseQUIBLE y certero. Lo que, unido a esa declaración que figura al frente de la nota preliminar, nos previene de que lo que el libro nos ofrece es una visión subjetiva y hasta apasionada, y, como consecuencia, implícito en ella, el concepto que de la poesía y de los valores poéticos tiene su autor. De ahí que el libro sea doblemente sintomático: de una parte, porque nos resume con claridad y con esa fervorosa pasión que nos trasmite y contagia, lo que puede ser un primer bosquejo de las generaciones poéticas de posguerra; de otra, porque nos descubre los lugares comunes en los que parecen haberse encelado nuestra poesía y nuestra crítica poética, preocupadas ambas por juicios de valor sintéticos e impresionistas, y por prejuicios y temores de diverso signo que derivan obligadamente en un trabajo crítico y creador excesivamente edulcorado y contemporizador. Y tal y como se han puesto las cosas, ni la verdadera creación ni la verdadera crítica pueden permitirse ya ciertos lujos.

Sería de desear que el propio José Luis Cano, a quien avalan su trabajo constante e indesmayable y su conocimiento y amor por el tema, acometiera esa labor dilucidadora de las dificultades y limitaciones de la lengua poética española contemporánea y el análisis de las posibles soluciones a un panorama tan complejo, del

que parecen querer desligarse los más jóvenes poetas, los que pretenden no sólo una continuidad cómoda, basada en ciertas líneas matrices, sino que se esfuerzan día a día en conocer y utilizar adecuadamente un lenguaje rigurosamente poético y a tono con las necesidades que hoy plantea el hecho literario. ■ JORGE RODRIGUEZ PARDON.

Lo que hay detrás de las noticias

¿Qué hay detrás de la noticia de que ha aparecido una nueva editorial, llamada Euros? Detrás de esta noticia aparece el grupo Godó, propietario de «La Vanguardia» y «Gaceta Ilustrada» y copropietario de «Tele-Express» y «El Diario de Barcelona». El lanzamiento de la editorial se ha cobijado bajo el lema «... la historia que hay detrás de las noticias»; la historia de Euros es la de los nuevos caminos que, al parecer, quiere buscar por su propia cuenta y riesgo el futuro heredero del imperio Godó, Javier Godó. No siempre los paralelismos son odiosos y hay una cierta expectación ante el futuro de este grupo, sin duda el más potente dentro de la prensa española y el más específicamente «periodístico», dentro de una prensa que cada día se mueve más por negocios políticos o por negocios paralelos. Javier Godó ha estado detrás de las más sorprendentes empresas acometidas por una empresa tan poco sorprendente como «La Vanguardia». Para muestra, ahí están los botones de El Pápus o Barrabás, y en cierta manera, para muestra ahí está el primer título editado por Euros: «El Caso Watergate», narrado por los dos jóvenes periodistas del «Washington Post» que desencadenaron el

proceso que llevaría a Nixon a la horca política.

Sorprendente el producto, porque «La Vanguardia» ha jugado la carta Nixon hasta sus últimas consecuencias, y, nunca mejor dicho, porque sus colaboradores acompañaron a Nixon hasta las mismísimas puertas de la Casa Blanca, donde le despidieron con las salvas de rigor y algunas lágrimas. Si ustedes recuerdan la derrumbada imagen de Romanones en el banco de la estación a donde acudió a despedir a la familia real en 1931 y sustituyen a Romanones por Angel Zúñiga, corresponsal de «La Vanguardia» en Washington y a la familia real por la familia Nixon, comprenderán parte del drama.

Con todo, hay que alegrarse que el inmenso aparato difusor del grupo Godó se haya puesto ahora al servicio de un libro tan interesante como el escrito por los periodistas del «Washington Post». Como hay que alegrarse de las palabras que pronunció el director de «La Vanguardia», Horacio Sáenz Guerrero, en los dos actos de presentación de la editorial: ante los profesionales especialistas en información internacional y ante la buena sociedad cultural y de la otra. Dijo Horacio Sáenz Guerrero que el caso Watergate ha sido un triunfo de la honestidad de unos profesionales y del poder de un medio. En parte es cierto, aunque habría que añadir otros beneficiarios del hundimiento de Nixon: Wall Street frente a nuevos empresarios de Texas y California y el tradicional capital judío frente a las compañías petrolíferas que habían forzado el acercamiento de la Administración Nixon a los países árabes. Y tampoco hay que olvidar como beneficiario al propio Nixon: no sólo ha sido perdonado, sino

(1) José María Castellet, Para una crítica de la crítica. En «Cuadernos para el Diálogo», extra XLII. Madrid, agosto, 1974.

(2) José Luis Cano, Poesía española contemporánea. Las generaciones de posguerra. Ed. Guadarrama. Madrid, 1974. 242 páginas.

que además se le quita de encima el peso de la corona y se le regala una pensión de vértigo, que jamás alcanzarán los periodistas que clarificaron la cuestión en Washington o en Barcelona; por cierto que mucho más dificultosamente en Barcelona que en Washington. Euros editará a continuación una **Historia de la piratería aérea** y un estudio sobre los dueños del petróleo mundial. Al frente de la gestión editorial aparece Ramón Serrano, un profesional acreditado en anteriores singladuras en el grupo Auger y Labor, poeta y colaborador periodístico. ■ **M. VAZQUEZ MONTALBAN.**

Hacienda Pública e historia

Desde hace algún tiempo, la escasez de revistas históricas en nuestro país viene siendo compensada por la atención hacia la historia de otro tipo de publicaciones, que por otra parte cubren el vacío que deja la rama especializada, y por otra, enlazan con los avances conseguidos mediante la publicación en forma de libro. En estas páginas hemos reseñado más de una vez las sucesivas entregas de la publicación catalana **Recerques**, y sólo razones de espacio han impedido que nos ocupásemos de su continuadora valenciana, **Arguments** y de números como el que ahora hace un año consagró la **Revista de Occidente** al tema del caciquismo. En esta ocasión, la reseña es motivada por la aparición de un número de la revista **Hacienda Pública Española** dedicado por entero a la historia económica, y ante el temor de que su distribución en librerías tenga lugar de forma tan limitada como la de volúmenes anteriores editados por el

Instituto de Estudios Fiscales, que a pesar de su importancia, apenas desbordan los círculos de especialistas en ciencias económicas. Tal vez con la excepción del libro de Josep Fontana sobre la Hacienda y el Estado bajo Fernando VII (1).

Salvando una desmesurada introducción —en que el reparto de elogios alcanza a un libro de Gonzalo Anes aún no publicado— y una sección de reseñas muy desigual, este número 27 de **Hacienda Pública Española** reúne una serie de contribuciones de primera entidad a la historia económica española de los siglos XVIII y XIX. Con principio y fin en dos monografías muy concretas, la de Gonzalo Anes sobre la contribución de frutos civiles y la de Alegret-Lluch sobre un poema de Aribau, la sucesión de notas breves y trabajos de mayor alcance aporta considerable luz sobre temas centrales, como la desamortización o la formación de capital en la España contemporánea. En torno a aquella, Josep Fontana desarrolla ideas ya apuntadas en su libro **Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX** sobre el acierto de la operación emprendida por Mendizábal y su entidad como hacendista, enfrentado en 1851 a los proyectos de Bravo Murillo. Es un breve apunte, al que sucede un trabajo monográfico de Simón Segura sobre la desamortización de 1855 en la provincia de Ciudad Real, prolongando su línea investigadora habitual. También merece destacarse el breve ensayo de David R. Ringrose sobre las relacio-

nes entre el sistema de comunicaciones y la formación del mercado interior en nuestro XIX.

Pero las dos aportaciones que, a nuestro juicio, revisten mayor entidad escapan al que pudiéramos calificar de «círculo de consagrados». Se trata, en primer término, de una contribución de Tomás Jiménez Araya al conocimiento de la formación interior de capital, utilizando como indicador la creación de sociedades mercantiles para el período 1866-1970. Este indicador, utilizado ya para otros trabajos de investigación recientes, como el de Roldán-Muñoz-García Delgado sobre la acumulación capitalista en 1914-20, debe insertarse en el cuadro de un tratamiento sistemático de la evolución del capitalismo español contemporáneo: «El tipo de industrialización, demasiado localizada —escribe Jiménez Araya—, la tardía formación del mercado nacional, la coexistencia de asincronismos, han conducido el análisis histórico hacia la reconstrucción de las partes y el conocimiento de la evolución singular de sectores y regiones. Por esta serie de motivos ha existido cierto escepticismo hacia los planteamientos globales, tachados de poco realistas, debido a la falta de una completa articulación de la economía y del escaso carácter "autónomo" del mecanismo de producción, con una fuerte dependencia del marco de la política económica (protección y medidas intervencionistas). Así se ha insistido más en la búsqueda de una profundización de determinados cortes temporales significativos, que en el estudio de tendencias y menos aún de fluctuaciones en el sentido de una economía capitalista moderna». Y como él mismo subraya, la elaboración de la serie propuesta permite

situar con mayor precisión evoluciones a corto plazo ya conocidas, como el auge finisecular, el período 1423 o la recuperación de los años cincuenta. En otro orden de cosas, destaca una investigación, en apariencia más limitada, de Pedro Tedde y Rafael Anes sobre los efectos en la economía española de la crisis anglo-argentina de 1891: el trabajo sirve para evaluar la incidencia sobre el sistema financiero de una crisis exterior y los medios y el alcance de la acción del Banco de España y del sector público.

Por fin, no debe olvidarse el nuevo adelanto que efectúa Joaquín del Moral respecto a sus investigaciones en torno al trienio 1820-23, ni la extensa sección documental preparada por Fontana, que nos devuelve cuatro «textos clásicos», muy escasamente conocidos, sobre la Hacienda Pública Española del XIX. ■ **ANTONIO ELORZA.**



Poldo Nóvoa está exponiendo en Aele. ¿Pol-do Nóvoa? Sí, claro: ahí se esconde un Leopoldo. Yo prefiero llamarle cuando estoy con él Leopardo, y en ocasiones, para darle un tono que a mi se me antoja como de la Corte de Bizancio, Leopoldo. Pues Leopardo Nóvoa, que está exponiendo en la galería Aele, es uruguayo nacido en Pontevedra, y ya nació directamente uruguayo, porque su padre era "de allá"... Anoto eso por lo que tiene de singular, porque lo normal hubiera sido lo contrario. Pero, en fin.

Poldo Nóvoa

Me gustaría conocer un poco más a fondo la historia transformativa de la pintura de Nóvoa hasta ser lo que es. Y ya diré por qué me gustaría saber eso. Toda pintura tiene una historia, una metamorfosis, y la de Nóvoa no sería una excepción. Yo recuerdo, muy vagamente, algunas obras suyas expuestas aquí mismo en Madrid, juntamente con algunos otros pintores, hace unos tres años, creo. Ya entonces había en ellas una gran sugestión espacial, de una espacialidad sin forma ni medidas concretas, pero en donde las grandes extensiones de color eran las que jugaban entre sí el papel protagonista. Hoy es cierto que ya hace otra cosa, pero lo que hace está dentro de la misma sugestión que le concede el protagonismo a los grandes espacios. Digamos que Poldo... No, Leopardo, ha empezado a descubrir, a incorporar a su mundo los objetos determinados y definidos por el espacio. Julio Cortázar, en su bella introducción, habla casi exclusivamente de las cuerdas —o de los «piolines», para ajustarse más fielmente a su idioma platense— que afloran a esa obra casi sin excepción. Y es verdad. Pero

yo, por la razón de que mi búsqueda tiene que ir por otro lado, no puedo detenerme en eso, sino que tengo que referirme al conjunto en el que eso se inscribe.

Efectivamente, Leopardo Nóvoa se sirve de cuerdas la mayor parte de las veces y, con menos frecuencia, de muy livianas referencias cromáticas, algunas veces hasta de mínimas palabras escritas, sin significación concreta para el conjunto de la obra... Pero el protagonismo que quiere concederle a todo eso es algo elíptico. No valen por sí mismo ni para sí mismo. Valen por lo que no son con respecto al vacío envolvente: valen como referencias. Digamos que, frente al gran vacío que los envuelve, establecen una referencia en ese vacío. Y al hacerlo así, por el solo hecho de hacerlo, transforman al vacío, desde lo que es, en espacio propiamente dicho. En mi opinión, las cuerdas —los piolines, en palabra usada por Julio Cortázar—, valen por algo que no tiene nada que ver con su entidad misma: valen por establecer un punto de referencia dimensional en ese vacío sin límites que, sin ellas, sería el espacio, y que queda convertida en espacio precisamente por ellas. Lo que ocurre es que hay algo

Leopoldo Nóvoa.

